

# LIMANTOUR Y LA CAÍDA DE PORFIRIO DÍAZ

*Jorge Fernando ITURRIBARRIA*  
*Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*

AL TERMINAR LA GUERRA DEL 47 se extinguieron, con su vieja designación de *yorquino* y *escocés* —y su equivalente de federalista y centralista—, los partidos políticos en que se dividían, al consumarse la Independencia, los partidarios del régimen monárquico y sus opositores, los adictos a la República.

Más tarde, durante la revolución de Ayutla y Guerra de Reforma, estas facciones adoptaron una nominación más acorde con su correspondiente ideología, y lucharon bajo los rótulos de liberales y conservadores, definiéndose así con un mejor sentido de militancia política que los sincronizaba con el meridiano europeo. Al fin, una de las facciones, conservadora de la tradición monárquica, devino en partidaria de la Intervención Francesa y en imperialista.

Cerrado ese escabroso capítulo de nuestra historia con el epílogo de Querétaro, y abatido el bando conservador, el partido liberal se mantuvo en el poder con Juárez y Lerdo; pero ocurrió un fenómeno curioso: una oposición —concebida en términos de partido beligerante— brotó de una parte del grupo liberal, del sector moderado. Surgió así otro grupo opositor, de extracción militar en alta proporción, con inclusión de algunos de los caudillos radicales de la Reforma. Mientras, los conservadores permanecieron en una pasiva resistencia, esperando el momento de capitalizar en su favor el triunfo del grupo victorioso.

Como se sabe, finalmente el triunfo militar lo obtuvo contra Lerdo, en Tecoac, el general Porfirio Díaz. Al ser exaltado a la presidencia de la República, el caudillo tuxtepecano se propuso, desde su primer período constitucional —1884-1888—, extinguir los partidos políticos por considerar-

los focos de inquietud y semillero de desorden y peligros para una paz como él empezó a entenderla; y así, para acabar con los grupos de ex-juaristas y ex-lerdistas, por un lado, y de conservadores —ex-imperialistas— por el otro, se erigió en árbitro de los destinos nacionales y mediatizó a unos y a otros —salvo las excepciones de José Justo Benítez, Tiburcio Montiel, Protasio Tagle, Zamacona, Vallarta y otros pocos—, para cerrar el abismo de las disenciones y preparar el escenario del porfiriato, en donde él iba a presidir, sin rival y por largo tiempo, con apostura de Padre Eterno, la marcha del país.

Así, pues, y en rigor, desde el inicio del régimen tuxtepecano habían desaparecido los partidos con militancia política. Poco después se les sustituyó con los *Círculos de amigos del general Díaz*, que no eran más que comparsas de cortesanos del Caudillo, destinadas a seguir la manecilla de la brújula política hacia el único Norte posible: el general Díaz. De este modo llegó y transcurrió la segunda reelección del vencedor de Teacoac, una vez removido el obstáculo legal de la no reelección inmediata, principio y bandera fundamental postulados por Díaz en los planes de La Noria y Tuxtepec, contra las reelecciones de Juárez y Lerdo, en 1871 y 77, respectivamente.

Pues bien, cuando ya se preparaba la segunda reelección, poco antes de concluir el período 84-88, el Lic. Rosendo Pineda, juchiteco perspicaz que, por haber trabajado a las órdenes del Lic. Manuel Romero Rubio —suegro de don Porfirio y, a la sazón, ministro de Gobernación—, estaba muy versado en achaques políticos al estilo de su maestro y jefe, sugirió al general Díaz que se imitara la forma de las convenciones políticas de los Estados Unidos, con la única modificación de trocar los carteles por farolitos, por convenir así a un pueblo con alto porcentaje de analfabetos.

Pineda era la mano visible y ejecutora, y Romero Rubio el que movía los figurones tras las bambalinas, ya desde entonces con proyectos de suceder al yerno. Ocurrió entonces algo aparentemente sin importancia política: el general Bernardo Reyes, gobernador de Nuevo León, desorientado, se manifestó renuente a contribuir con sus clubes porfiristas or-

ganizados —renuencia que trató de rectificar cuando descubrió que el presidente estaba en la combinación—. No obstante la rectificación, los contingentes afanados por Reyes no pudieron participar en la *Manifestación de los farolitos*, dada la intransigente negativa de Pineda. Esta fue la causa inicial del lamentable divorcio entre el general Reyes y el grupo de Romero Rubio y Pineda, el embrión de lo que pronto habría de ser designado con el impropio nombre de *Partido científico*.

Bien corrido el período de la segunda reelección, ya no mediata, sino inmediata, por la reforma constitucional de 3 de mayo de 1887, un grupo de cuatro abogados, intelectuales distinguidos todos ellos en la política del régimen: Rosendo Pineda, Emilio Pimentel, Justo Sierra y Pablo Macedo, ante la expectativa del continuismo del general Díaz como una rutina inevitable, proyectaron fundar un organismo político: el *Gran Partido Nacional*, y trataron de ganarse la opinión de las Cámaras para la aprobación de una serie de iniciativas —de las que sólo presentaron dos desde luego— tendientes al saludable objeto de ir limitando la omnipotencia presidencial y evitar que, como era de suponerse, el régimen degenerara en autocracia o en temporal dictadura. Estas dos iniciativas referíanse a la reivindicación de la independencia del poder judicial federal, mediante el principio de la inamovilidad de los magistrados, por una parte; por la otra, a garantizar la libertad de prensa, para que en el caso remoto, pero no imposible, de abandonar el general Díaz el poder, no le sucediera una dictadura militar, sino un régimen civil.

Pero el general Díaz, muy adelantado ya en el arte de la simulación —en el que llegó a ser maestro—, sí permitió que ambas iniciativas fueran aprobadas por el Congreso, a la hora de llegar éstas al Senado mandó la consigna de que allí se estancaran, como sucedió.

El Senado, durante una gran parte del porfiriato estuvo integrado por eminencias grises, por desechos políticos. El general Díaz permitía que allí se refugiaran, guardando la apariencia de dignidad, gobernadores cesantes, políticos vacantes y viejos militares deseosos de una canongía equivalente

a una jubilación, porque de hecho, esos puestos eran vitalicios dada la corruptela de las sucesivas reelecciones. Al Senado se le llamó *el panteón* del régimen, o algo por el estilo.

Como los síntomas visibles en el ambiente político hacían suponer que el presidente se disponía a un largo continuismo, de límite previsible sólo por el epílogo natural de su deceso, o el no imposible de una cuartelada, y tomada en cuenta su excelente salud y extraordinaria resistencia física, el grupo de intelectuales ya citado — a excepción de don Justo Sierra, que con más elevada visión se apartó de las miras de los otros— resolvió acomodarse, vitaliciamente también, a la situación que le deparaban las circunstancias. Su acceso al régimen y su valimiento en él era cosa proclamada por su aceptación entre la capa alta de la intelectualidad, su excelente preparación profesional, su conocimiento del medio oficial y sus relaciones con ministros y gobernadores. Esto, elevándolos hasta cierto grado permisible de influencia, los convirtió en consultores de calidad del Gabinete y en dilectos colaboradores del régimen. A sus manos iban a parar iniciativas, proyectos de decretos, minutas de acuerdos, dictámenes, estudios, proyectos de concesiones, etc., etc.

Ampliado el grupo con otros profesionistas, pero no más que los estrictamente indispensables —como piezas de una máquina de precisión—, para que toda gestión profesional estuviese representada por especialistas, comenzaron a hacer valer su influencia en los mejores negocios y a abrir despachos lujosos en céntricas avenidas, en donde la calidad de la clientela era indicio elocuente del monto de las ganancias.

Limantour, ingresado en el régimen en mayo de 1893, hacía prodigios financieros: no sólo sacó al país de la permanente bancarota, que ni Dublán ni don Matías Romero habían podido corregir, sino que logró, al concluir el año fiscal de 1894, que se registrara un sobrante en efectivo de \$2.573.434, superávit que algún tiempo después llegó a la impresionante suma de poco más de diez millones de pesos. ¿Cómo había podido ocurrir ese milagro? “En realidad, se decía, era un milagro sí, pero de la ciencia, de la economía política, en la que aquel joven ministro era un genio”.

Educado el grupo de brillantes abogados en el positivismo de Barreda, esa constelación cuya estrella magna era Limantour, resultaba la primera florida cosecha de la diosa Ciencia, del método, del sistema, de la previsión, de la estadística, de la lógica. . .

Poner la ciencia al servicio de la política fue la divisa del grupo, pero no la ciencia entendida a la manera de Platón, sino en el sentido que justamente se ha atribuido a los "científicos", de una selección del más fuerte a expensas del débil al propugnar la postergación de los biológicamente deficientes. Don Miguel Macedo, una de las inteligencias rectoras del grupo, veía a la sociedad como "un gran campo ordenado en el cual les corresponde a unos hombres dirigir y a otros obedecer". Según su manera de ver, la misión del pobre es la de trabajar sin salir de la pobreza, a fin de que el rico pueda disfrutar del ocio, tan importante para que el hombre de ciencia prevenga y atienda el futuro del pobre, creándole fuentes de trabajo, que es la remuneración a su esfuerzo, sin importar que ésta sea justa o valga como limosna. Sin el bienestar del rico no podía hablarse del bienestar del pobre, según ellos.

Los "científicos", valiéndose de una interpretación interesada y, desde luego, tendenciosa, del positivismo, tomaron esta corriente en boga para organizar y justificar la tesis de un régimen de opresión.

A Limantour —cuyos métodos científicos aplicados con tan notorio éxito a la misión de acrecentar las rentas nacionales, gratísima al régimen, le daban perfiles taumatúrgicos—, pasó por derecho la jefatura del grupo *científico*, aquel Partido Nacional fallido, eje de lo que tal vez pudo haber sido el principio de una directriz saludable, sin los recelos con que el general Díaz veía cuanto pudiera restarle autoridad de Caudillo y continuidad en el poder.

Pero ese aparato científicista, en un país en donde las cosas se hacían, de antaño, con muy poca ciencia y mucha improvisación; cuando la estadística estaba en pañales y la artesanía, las pequeñas industrias, la enseñanza, la medicina misma y el arte de gobernar eran empíricos, el grupo de intelectua-

les fue bautizado con el epíteto, más bien irónico, de *los científicos*.

Jamás fue ni pretendió ser un partido. En efecto, siendo un grupo aristocrático, tan refractario —por su propia naturaleza egoísta o suficiente de *élite*— de acrecentar sus filas, ni aspiraba a ser un partido, ni menos podía serlo sin reñir con el jerarca. En realidad, era una oligarquía consentida por el poder, y si no ejercía actos de autoridad era porque el Caudillo no compartía el poder con nadie. Pero, en cambio, disfrutaba de los beneficios y, al colaborar estrechamente con el régimen, le daba prestigio con su talento y sapiencia. En mucho —no es posible soslayarlo— la organización política del porfiriato fue creación de los *científicos* y principalmente de Limantour.

Y don Porfirio, obsecuente, correspondía a esa su docilidad y desistimiento de fundar un partido, con altos puestos; otorgándoles importantes y bien expensadas comisiones y permitiéndoles aumentar su influencia en el engranaje oficial, incluyendo los gobiernos de los Estados, o bien, como gestores de grandes contratos y concesiones; situación envidiable desde el punto de vista de sus ingresos por regalías, igualas y comisiones, que generalmente eran muy superiores a los que como jefe de la nación disfrutaba el general Díaz o cualquiera de sus ministros. Se ha dicho que fueron una cooperativa financiera, pero con tal concurso de privilegios y canongías, que lo que no lograban con su influencia, nadie podía conseguirlo. Ese grupo cerrado —Batalla lo llamó *carro completo*— no admitía rivales en su campo, imitando el exclusivismo del general Díaz.

Se especializaron en negocios bancarios, ferrocarrileros, petroleros; como intermediarios de los gobernadores para el logro de contratos de obras públicas; concesiones de aguas, minas, tierras, etc., y como en sus manos estaban los estudios que el régimen les encomendaba, podían fácilmente sugerir modalidades favorables a los intereses que representaban. Su acceso con Limantour era canal seguro para ubicar los negocios dentro de la órbita de la Secretaría de Hacienda y, como

es de suponerse, las mejores representaciones de las empresas extranjeras iban a parar a sus manos.

Teniendo ellos mismos tan alto concepto de su habilidad, de su influencia, de la facilidad con que el dinero se acumulaba en sus arcas; recibiendo la admiración y el aplauso de las clases favorecidas y del mundo financiero del país; pudiendo seleccionar a sus clientes y disputándose los mejores su amistad; mas careciendo de insobornables principios morales y adoleciendo su formación del contrapeso de una cultura humanística, casi resulta natural que vivieran ensoberbecidos y que, creyéndose tan elevados por sus propios méritos, sintieran por el pueblo, por los pobres y por los humildes un sincero desprecio. Fue única excepción don Joaquín D. Casasús, que hizo buenas caridades y ayudó a muchos estudiantes pobres a obtener el título profesional.

Más tarde, ingresaron al grupo el propio Casasús, José Castellot, Olegario Molina, Fernando Pimentel y Fagoaga, Enrique Creel, Ramón Corral y Guillermo Landa y Escandón.

Don Emilio Pimentel se separó a mediados de 1903, por haber aspirado al gobierno de Oaxaca, su Estado natal, y allí permaneció, por sucesiva reelección, hasta 1911, poco después de la renuncia del general Díaz. Don Ignacio Mariscal —oaxaqueño, como Pineda y como Pimentel— se dedicó a servir fielmente al Caudillo, sin separarse de su escritorio del Ministerio de Relaciones. Baranda y don Olegario Molina no sólo se resistieron a ingresar al grupo: fueron notorios adversarios suyos. De fuera del gobierno, falta citar a don Francisco Bulnes, al orador Jesús Urueta, a don Sebastián Camacho y a don Emilio Pardo. Hubo otros de segunda línea, con cierto compadrazgo político como de parientes pobres. El caso del general Bernardo Reyes reclama, a su tiempo, atención especial.

A LA MUERTE DEL LIC. MANUEL ROMERO RUBIO, ocurrida probablemente de un tumor canceroso en un ojo, el 3 de octubre de 1895, la posición de Limantour, como cabeza visible del grupo, quedó confirmada, aunque él siempre procuró soslayar esta posición.

El cuatrienio 1892-1896 concluyó sin más novedad en los mentideros de la política que la reforma constitucional que preveía la sustitución del presidente de la República, por falta absoluta de este funcionario, por el ministro de Relaciones y, a falta de éste, por el de Gobernación, ya no por el presidente de la Corte de Justicia, según la Constitución de 57. No tardó en fundarse el *Círculo Nacional Porfirista*, cuyo rótulo tenía la elocuencia suficiente para hacer saber que era el instrumento de la nueva reelección, con exclusión de cualquiera otra candidatura. Sin tardanza, aquellos espontáneos *amigos* empezaron a armar el escenario de la cuarta reincidencia electoral, amparados en un nombre que excluía, por definición, cualquiera otra postulación, así fuese por sólo cubrir las apariencias; con lo que se puso en evidencia el absurdo de suponer que, siendo dicho círculo una agrupación de porfiristas incondicionales, pudiera admitir a alguien que no fuese el general Díaz. Entonces fue cuando el Lic. Nicolás Zúñiga y Miranda actuó muy por su cuenta, como si quisiera demostrar que, aunque descabellada, sí podía haber otra candidatura presidencial bajo el cielo de México.

Por diversas circunstancias, el Lic. Romero Rubio había sido constante perseguidor de la prensa independiente o de oposición, nunca pudo perdonar a *El Demócrata* y a *La República* el haber tenido la entereza de denunciar públicamente las casas de juego que el ministro de Gobernación y suegro del presidente explotaba, con sus protegidos, en el centro de la Capital y en la entonces todavía alegre municipalidad de Tacubaya. Muerto él, y no queriendo el régimen continuar esa política persecutoria —que llegó a la prisión arbitraria y al destierro y que culminó con el asesinato de conocidos periodistas— surgió Rosendo Pineda, proponiendo un programa económico con métodos menos anticuados e incruentos, y, en cambio, muy eficaces para dar el tiro de gracia a la prensa libre no oficiosa: el régimen auspiciaría la publicación de un gran periódico, impreso con maquinaria moderna, de fuerte tiraje y a un precio tan bajo y tan al alcance de todos, que excluyera el peligro de toda competencia. Se propuso que, uniendo los subsidios que el régimen



daba a varios pequeños periódicos, como *El Partido Liberal*, *El Siglo XIX* y otros de menor importancia, más alguna otra suma, el régimen podía financiar un diario que pudiera venderse a tres centavos el ejemplar. Sostendría el programa y tendencias de la administración pública, de la cual sería defensor, pero se titularía *El Imparcial*.

Aprobado el proyecto, fue agraciado con la dirección del nuevo y modernísimo diario el Lic. Rafael Reyes Spíndola, que así entró automáticamente a la cofradía de los *científicos*.

La gente se interesó con la novedad de este periódico hecho "científicamente" y a tan bajo precio. Muy pronto, como era de esperarse, Vicente García Torres y Victoriano Agüeros —a quien tanto debe la cultura de México— tuvieron que suspender, por incosteable, la publicación, respectivamente, de *El Monitor Republicano* y *El Tiempo*, en donde se libraban brillantes batallas por la libertad. Poco después los siguió *El Universal*.

El grupo *científico* había encontrado, con los procedimientos civilizados de la competencia de tipo capitalista, abatir a la prensa libre y tener en *El Imparcial* una tribuna a la disposición de sus intereses y de la política del régimen. Pineda con la idea, y Limantour facilitando el dinero, habían realizado este otro *milagro*. Y todavía así —se preguntaban los adictos al régimen— "¿había quien negara que México estaba progresando?"

Cuando en alguna de las publicaciones que sobrevivió se comentó la falta de programa del régimen o la ausencia de información o de doctrina política en *El Imparcial*, Bulnes salió a la palestra sosteniendo en un artículo que publicó en *El Mundo*, que la manera que tenía el general Díaz de gobernar era la única posible, al mismo tiempo que el inquieto polemista trataba de justificar la flagrante violación del general Díaz al principio antirreeleccionista de los planes de La Noria y Tuxtepec, afirmando que su continuismo nada tenía de inconsecuencia política con aquella actitud de 71 y 76, porque:

la política, muy bien definida por Spencer, es la ciencia de lo posible en vista de lo probable. Todo hombre político que pre-

tenda exponer su conducta futura como un programa de teatro o como un servicio de compañía telegráfica o de alumbrado, podrá ser un excelente industrial, pero no un político. ¿Hizo mal el general Díaz en dar programa al comenzar su administración? ¡Claro que sí! —se contesta. Pero la política no se aprende más que dentro de la política. El general Díaz en 1876 no tuvo un consejero que le hubiere enseñado que en el poder, como en el ajedrez, se piensa la jugada, pero no se publica...<sup>1</sup>

Aparte del error —llamémoslo así— en que incurre Bulnes, porque el caudillo tuxtepecano sí contó en 1876 con el consejo de su entonces entrañable amigo, el Lic. José Justo Benítez; las afirmaciones anteriores son una muestra típica de la dialéctica que usaban los *científicos*. Con supuesto apoyo en Spencer, el pontífice del evolucionismo, buscaban demostrar que el hombre de Estado necesita mentir y usar de la perfidia y el disimulo, cuando así conviene por lo que se ha dado en llamar *altas razones de estado*. Por lo visto, Bulnes y sus compañeros los *científicos* compartían una lamentable idea sobre la capacidad de la opinión pública nacional, al pretender confundirla con argumentaciones plagadas de sofismas.

REPRIMIDOS LOS DIVERSOS brotes rebeldes que alteraban la paz con más frecuencia de lo que se supone, y muertos trágicamente los acusados de conspirar en Veracruz, en 1879; resuelta la situación política de Coahuila, en 1893, que motivó los movimientos armados de Emilio Carranza, en Monclova, y del coronel Francisco Z. Treviño en el Distrito de Río Grande; sofocada en Guerrero, con efusión de sangre, la sublevación del general Canuto Neri y la del coronel Joaquín Verástegui, secundados ambos por el cura Felipe Castañeda, y asesinado el segundo y fusilados los primeros; muertos en forma violenta los generales Ramón Corona y Trinidad García de la Cadena, ambos aspirantes a la presidencia de la República, e incorporado, al fin, al carro del porfiriato el general Mariano Escobedo —que ya aparecía públicamente como organizador reeleccionista—, el general Díaz se sintió suficientemente fuerte para ponerle un contrapeso al grupo *científico*. Encontró este equilibrio en la persona del general

Bernardo Reyes, que seguía gobernando el Estado de Nuevo León y comandando militarmente los de Chihuahua, Coahuila y Tamaulipas. Reyes era hombre de gran iniciativa, de probada lealtad para el régimen, como lo había demostrado su escrupuloso desempeño de la comisión para vigilar a los generales Jerónimo Treviño y Francisco Naranjo, sospechosos de querer pronunciarse al quedar constitucionalmente consagrada la reelección indefinida. Era Reyes, además, connotado promotor e impulsor del progreso industrial de la entidad neolonesa, a despecho de ser nativo de Jalisco.

El ardid concebido por el general Díaz contra el grupo científico para cortarle las alas, consistió en fomentar en Limantour ambiciones presidenciales, a condición de que éste aceptara al general Reyes como su ministro de la Guerra, para seguridad de su gobierno. Aceptada por Limantour la idea, fue el general Díaz a Monterrey, en diciembre de 1888, a darle el espaldarazo en un rumboso banquete consagrándolo con la siguiente frase: —“General Reyes: ¡así se gobierna!”, que equivalía a ungirlo *urbi et orbi*.

Mas, en abril del año siguiente, el caudillo oaxaqueño reparó *repentinamente* en que ¡Limantour no era mexicano por nacimiento!, porque, si era verdad que había nacido en el país, siendo hijo de padres franceses estaba incapacitado legalmente para ser presidente de la República.

Claro que esto se lo sabía de memoria el general Díaz desde 1893, en que Limantour ingresó a la Secretaría de Hacienda como Oficial Mayor, presentado por su protector, el Lic. Romero Rubio. Del mismo modo sabía que la prohibición constitucional lo alcanzaba también como miembro del Gabinete. Fingiendo gran contrariedad, puso, <sup>el caso</sup> el caso en manos de don Joaquín Baranda, Ministro de Justicia —tímido aspirante presidencial y enemigo político de Limantour—. El dictamen tenía que ser, como fue, inexorablemente desfavorable, además de que estaba jurídicamente bien fundado.

Ante esa especie de interdicción, la personalidad política de Limantour quedaba flotando en el aire como un fantasma, en tanto que parecía afirmarse y cristalizarse en el aspirantismo la del general Reyes, recién ingresado como titular

del Ministerio de la Guerra, en los primeros días de enero de 1901, con motivo de la muerte del general Berriozábal. Entonces, los científicos fueron invadidos por un hálito mortal: el general Díaz anunciaba solemnemente la defunción política de Limantour, con funerales a cargo del Ministro de Justicia, al mismo tiempo que proclamaba el advenimiento del general Reyes a la fragua en donde se forjaba la espada del poder. Pero no... ¡cómo iba el general Díaz a prescindir de los servicios de su brazo derecho en la consolidación del crédito nacional!

Reyes, que no podía creerse víctima de una intriga cortesana, se atusó los bigotes militares, se golpeó la bota con el fuste y se puso a dar fuertes voces de mando, que se oyeron hasta el Castillo de Chapultepec. Comenzó poniendo las bases de un ejército, allí en donde no lo había. Barrió con las cucarachas, la polilla y la corrupción de los cuarteles y creó la 2ª Reserva Nacional. Pero, nuevo Shylok, Pineda no tardó en ir a musitar a los oídos del Caudillo:

—“Reyes está preparándose militarmente para asaltar el poder... ¿qué no se ha dado cuenta usted?”

Lanzada la sospecha sobre oídos tan hiperestesiados para ese rumor, el presidente se volvió todo recelos, y así se alzó el telón del segundo acto del drama. Ahora Díaz necesitaba la fórmula milagrosa que permitiera el derrumbe de Reyes, sin el ascenso de Limantour; una solución que, frente al peligro, impresionante para la opinión pública, de estar causando la sucesión del poder una funesta división entre sus colaboradores de primera línea, impusiese la convicción de que, a pesar de los deseos del presidente de retirarse, no quedaba más camino que el del continuismo.

Creó encontrar la fórmula, y la ensayó fiado en el conocimiento sorprendente que tenía de los hombres: se hizo visitar por un grupo de cortesanos, cuyo papel de corifeos en el drama era darle vida al diálogo entablado entre el Coro y el Destino, conforme al argumento del autor: —“Señor: la Patria exige que usted se sacrifique y continúe. Libre usted al país del grande peligro de una división entre sus amigos...”

—“Estoy resuelto, señores, a sostener mis compromisos con

Limantour. . . ¡salvo en el caso de que contra él se levantara una ola de agitación, porque antes que nadie está la Patria!”

“¿Una ola de agitación?” Pues bien, ahora ya sabía el general Reyes lo que tenía que hacer, se aliaría con los enemigos de los *científicos*. Para que fuera “ola” era menester no tener escrúpulos, que la *ola de inmundicia* rebasara la vida pública; esa ola que, según palabras de Bulnes, había salido de las calles de la Cadena. *La Protesta*, marbete de un pasquín de los que sirven para esas cosas, sería el conductor de esa ola. Se alquiló la imprenta en un zaquizamí de barrio, y el Lic. Rodolfo Reyes, a la cabeza de otros espontáneos colaboradores, empezó a dar gusto a la pluma, barriendo con Limantour y su grupo. Irritados de coraje, los *científicos* se propusieron descubrir a los responsables.

Pineda, el más activo, atrabiliario y violento de todos, logró que don Ramón Corral, a la sazón gobernador del Distrito Federal, comisionara dos agentes secretos, cajistas, en el taller de *La Protesta*. Fieles a la consigna, no tardaron en robar dos o tres *originales*, y menos tardaron éstos en llegar a las manos trémulas de Limantour, y de éstas, ir a las del general Díaz, para llevarle la evidencia contra su Ministro de la Guerra.

Ya antes había dicho Limantour al presidente, usando palabras a las que el hacendista no estaba acostumbrado: —“Señor: en este país no es posible publicar un periódico dos veces sin la tolerancia de usted.”

Cuando el general Díaz tuvo las pruebas, ofreció a Limantour tener una entrevista reservada con el acusado y proceder sin miramientos, en caso de comprobarse su responsabilidad. Reyes no negó que su hijo Rodolfo fuera el autor de esos escritos. Sólo dio, en descargo propio, la explicación de que el padre no podía impedir que el hijo, inquieto y mayor de edad, escribiera artículos políticos. Y con satisfacción del Caudillo oaxaqueño, el general Reyes hizo dimisión de su cartera el 23 de abril de 1902, a los pocos días de aquella entrevista.<sup>2</sup>

Limantour quedaba satisfecho; pero ya se le había dicho en todos los tonos, reproduciéndose en *La Protesta* el dicta-

men de Baranda, que era *gabacho* y que, por lo mismo, de ninguna manera podía aspirar a la presidencia de la República, siendo mucho ya que se le tolerara en el ministerio de Hacienda. ¡Y eso era lo que necesitaba el general Díaz, para que, al caer uno, el otro no aspirara a subir!

Reyes se volvió a su ínsula neolonesa, y Limantour, que no consideraba al presidente ajeno a la maniobra —porque le constaba el leal porfirismo de Reyes y el respeto reverencial que le profesaba—, desistió ante su grupo de cualquier nueva aspiración presidencial. ¿Podía ignorar Limantour lo que Bulnes, siempre indiscreto y boquiflojo, aseguraba? Sí, aquella ola de inmundicia había salido de las calles de La Cadena.

Humano es que Limantour guardara, desde ese día, oculto resentimiento al presidente, porque éste le debía estimación y gratitud por su notable obra financiera, que permitió consolidar el crédito nacional, contar con fuertes remanentes en las arcas del tesoro público, dar a México fama internacional de país solvente y permitir al régimen un programa más o menos espectacular de obras materiales. Sin embargo, él había autorizado esa campaña de desprestigio, tomándolo como un muñeco en el gran *guignol* de las intrigas cortesanas, todo para seguir conservándose en la presidencia. ¡Algún día tendrían que ajustarse las cuentas!

A pesar de la forma habilidosa empleada por el Caudillo, la obsesión, la idea fija, casi delirante de convertir la jefatura de la nación en un puesto vitalicio, empezaba a revelar indicios de senectud en el general Díaz. El tiempo, del que tanto se había valido, se pondría en contra del hombre que todavía parecía poder disponer de él ilimitadamente. . .

INICIADOS ESTABAN LOS PREPARATIVOS para la sexta reelección, correspondiente al período 1904-1908, cuando llegó Limantour de Europa el 9 de noviembre de 1903, a donde fue comisionado por el presidente para arreglar nuevas operaciones crediticias con los potentados del capitalismo internacional.

Efectuada ya, el 19 de junio de ese año, la convención de la Unión Liberal, partido tras del cual se embozaba el grupo *científico*, el discurso de bienvenida de don Pablo Macedo a

los convencionistas, quizás para justificar el rótulo de *liberal*, presentó dos aspectos singulares o, cuando menos, inusitados: hizo alusiones laudatorias a la nacionalización de los bienes del clero:

que devolvió a la empobrecida colectividad las riquezas que una obra implacable de acaparamiento secular había sustraído a la circulación, la extinción de la mano muerta civil y eclesiástica...

lo que contrariaba la pregonada política de conciliación entre gobierno y clero.

En el otro aspecto se refirió a la necesidad de ser libres y combatir la ignorancia, la miseria y el vicio, todo dicho a través de conceptos premonitorios que bien podían interpretarse como directa requisitoria al régimen, digna de un precursor ideológico de la Revolución de 1910, al estilo de Ricardo Flores Magón. O ¿era un saludable, aunque tardío, renacimiento de los ideales de 1887? Oigamos lo que Macedo dijo en esa ocasión:

Yo seguiré creyendo que un pueblo de famélicos y harapientos no ha sido ni será jamás un pueblo de ciudadanos libres, porque no se puede ser libre sin escuela, porque no se puede ser libre sin virtud; y la virtud y la escuela son imposibles donde impera la miseria económica, con sus inseparables compañeros: la ignorancia, el vicio, que todo lo deprime y lo envilece.<sup>3</sup>

¡Qué contraste entre estos conceptos, que entrañan requisitorias al porfiriato y aquella paladina y cínica afirmación con que, al propio Macedo, le hizo prorrumpir la euforia del *champagne*, frase indigna del agasajado y aun del mismo cortesano, cuando durante el banquete que ofrecióle el grupo *científico* al general Díaz, en el Jockey Club, con motivo de su séptima reelección, exclamó en nombre de sus cofrades: —“¡Señor: contigo estamos dispuestos a ir hasta la ignominia”! Sólo iban a transcurrir seis años entre lo que, en 1903, parece traducir una esperanza, un despertar de los viejos ideales políticos de otro sexenio atrás, y lo que ya para 1909 es el deshaucio, la afirmación cínica de una colusión solidaria y

definitiva con la ignominia misma. La barca iba a hundirse en altamar y la tripulación sabía que no podría salvarse.

Dos días después, el 21 de junio de 1903, durante la segunda reunión de la convención de la llamada Unión Liberal, otro connotado *científico*, el ingeniero Bulnes pronunció un discurso impresionante, atacando el régimen personal como cosa abominable, pero tratando siempre de salvar la excepción: la del general Díaz. El hilo de su discurso condujo con inexorable lógica a la premisa de que el futuro de un país no debe depender de sus hombres, sino de sus instituciones:

El régimen personal como sistema, tiende a convertir al pueblo en una especie de hembra sucia y prostituída por los grandes favores que recibe de los gobernantes virtuosos y los golpes y crueldades que le propinan los tiranos abominables... El país quiere, ¿sabéis, señores, lo que verdaderamente quiere el país? Pues bien, quiere que el verdadero sucesor del general Díaz se llame... La Ley.

...La paz está en las calles, en los casinos, en los teatros, en los templos, en los caminos públicos, en los cuarteles, en las escuelas, en la diplomacia, pero ya no existe en las conciencias. ¡No existe la tranquilidad inefable de hace algunos años. La Nación tiene miedo! La agobia un calosfrío de duda, un vacío de vértigo, una intensa crispación de desconfianza y se agarra a la reelección como a una argolla que oscila en las tinieblas... ¿Qué es lo que al país se ofrece para después del general Díaz? ¡Hombres y nada más que hombres! Pero el país ya no quiere hombres. La nación quiere partidos políticos, quiere instituciones, quiere leyes efectivas, quiere la lucha de ideas y de intereses.<sup>4</sup>

Pero, el último término del silogismo de Bulnes tenía que ser inconsecuente con su primera parte: ¡la inevitable sexta reelección del autócrata!, porque "todavía no hemos logrado ser un pueblo democrático". Flotaba en el aire el engañoso señuelo de que lo que venía fuera, por fin, la última reelección y que, dentro de ese período de gobierno, se preparara el escenario de un cambio fundamental en la política del país, de manera *que el sucesor del general Díaz se llame la Ley*.

Debe uno creer que el grupo *científico*, por boca de Bulnes, se dirigió, no al pueblo, sino al general Díaz. Era preciso



llevarlo a pensar alguna vez que, si había logrado ser el presidente vitalicio de México, era también un ser mortal, y que si debía pasar a la posteridad como estadista y no como una momia, era preciso resolverse a encarar el porvenir.

Pero como parecía que el presidente tenía cerrados ojos y oídos a toda sugerencia que le insinuara siquiera la idea de sucesión, tengo entendido —y lo expongo aquí como una hipótesis personal, digna de ser meditada— que los *científicos* se vieron obligados a inventar, entonces, un ingenioso ardid para cercar al presidente y comprometerlo a aceptar ese sucesor a que Bulnes se refería... el de la Ley.

Siguiendo en el terreno de las conjeturas, es posible suponer que, aprovechando los *científicos* la presencia de Limantour en Europa, en misión de lograr nuevos créditos para el país, se pusieron de acuerdo para que el hacendista mexicano hiciera descubrir hábilmente ante los principales magnates de la banca, sus temores de que, por haber rebasado el presidente de México, para entonces, la edad septuagenaria —ya bastante avanzada para el promedio de vida de la época— pudiera producirse la muerte dentro del cuatrienio próximo, con los previsibles resultados de alterar la paz pública, por lo que resultaba prudente establecer un sucesor legal por el ministerio de la vicepresidencia de la República. Impresionados por aquel peligro, los magnates pudieron haber recurrido a Limantour, y éste hacerse garante, del deseo de que esa innovación, elevada a precepto constitucional, se convirtiese en condición precisa e irrevocable para que el capitalismo internacional pudiera seguir renovando sus créditos al país.

Pero, ¿qué papel iba a jugar Limantour en este ardid? En lo personal, el de un aspirante presidencial resentido y burlado públicamente por quien le había garantizado convertirlo en sucesor. Ahora podría Limantour preparar el ambiente para conseguir, con una presión hábilmente organizada de las fuerzas económicas exteriores, lo que el general Díaz le prometió sin ánimo de conceder, poniéndole, además, en la picota del ridículo, cuando aquél *descubrió* que ni siquiera era mexicano, y sin tomar en cuenta que a sus irre-

plicables aciertos de hacendista debía el Caudillo la realización de su programa de obras materiales.

Y, ¿qué papel jugaba Limantour como jefe del grupo *científico*? Propiciarse, de ese modo, su advenimiento al poder, a través de la interpósita persona de un vicepresidente, ya fuere o no Limantour el primer agraciado.

Pero, ¿era posible que el general Díaz, astuto y suspicaz, mordiera el anzuelo de los *científicos*? Sí, porque las condiciones físicas y morales del autócrata estaban cambiando, iniciada ya la senilidad. Su innata desconfianza, empero, le hizo proyectar su mirada hacia sus rivales verdaderos o imaginarios; pero, por otro lado, su vejez le presentaba un falso miraje de seguridad en lo que él interpretaba como una popularidad arrolladora. De manera que por muy ambiciosos que supusiera a sus colaboradores y capaces de disputarle el mando, en rigor nunca creyó que se atrevieran a hacerlo. De lo que no se dio cuenta, tal vez, en la engañifa, fue de que habiéndosele quitado el juguete, creyó seguir teniéndolo.

¿Por qué sus temores de vivir dentro de una conjura permanente no le hicieron desistir de Limantour? Porque, para él, las manos taumaturgas de su ministro eran las que hacían llegar el oro a las cajas del gobierno, profano como era en cuestiones hacendarias y absolutamente ignorante, como tantos de su generación, de los secretos de la Economía, que ya en su tiempo eran complicados. Pero, en realidad, lo que obligábalo a no desvincularse de Limantour, era el temor pánico de que cualquiera alteración en el crédito internacional repercutiese en la buena fama del país, conseguida con tiempo, afanes y sacrificios.

Impelido por las circunstancias aceptó; pero con la reserva mental de no tener que codearse en la vicepresidencia con algún menguado deseoso de sucederlo: es decir, ni con Limantour ni con Reyes. Y así, el 18 de noviembre de 1903, por conducto de Gobernación recibió el Congreso la iniciativa que creaba la vicepresidencia, mediante la reforma de los artículos 79 y 80 de la Constitución. En el futuro, el nuevo funcionario sería electo simultáneamente al presidente y,

como era natural, sustituiría a éste en sus faltas temporales o definitivas.

Como los diputados enemigos de los *científicos* estimaron la creación de la vicepresidencia como un triunfo de éstos, sin darse cuenta de que sólo era una batalla ganada al general Díaz, quisieron halagarlo para ganar en su estimación, y así fue como se concibió y realizó la ampliación del periodo presidencial, de cuatro a seis años, aunque la iniciativa original era de ocho.

Estaba previsto, desde luego, que don Porfirio designaría al candidato a la vicepresidencia, pues tratándose de su sucesor, se consideraba esto como una especie de derecho personal. Como para ese tiempo ya estaba corregida la legislación, y Limantour podía aspirar lícitamente a la vicepresidencia, al llegar la oportunidad se vio en el general Díaz la firme decisión de eliminarlo. Curándose en salud, envió una circular a todos los gobernadores festinando el caso, lo que evidenciaba su inquietud. En dicho documento, con el pretexto de aclarar lo que no necesitaba aclaración —porque no existía la duda ni el problema que se suponía creado—, decía el general Díaz que no era verdad que el ministro de Hacienda se hubiera pronunciado contrario al establecimiento de la vicepresidencia. Agregaba, como una cosa accesoría, que, por cuanto al propósito de aquél de no figurar en la elección de ese cargo, tal decisión obedecía:

a una resolución tomada por él desde años antes, de no desempeñar más cargos públicos que los que le permitieran hacer una labor meramente administrativa... .Por razones políticas no había yo juzgado prudente hacer pública esa manifestación antes de ahora, y sólo después de que el señor Limantour *la declara irrevocable como ya lo hizo*.<sup>5</sup>

Limantour quedaba, pues, condenado a seguir cosido en su mesa de trabajo para que no faltara carbón en las calderas del navío. Esta actitud, ya patológica, de ir a cerrarle a Limantour las puertas de la vicepresidencia, echando llave doble y guardándosela en la bolsa de día, para meterla bajo la almohada por la noche, da pábulo a la suposición de

creer veraz la hipótesis que aquí acabo de exponer, y hace suponer que hasta después de creada la vicepresidencia por decreto y promulgada la forma de sucesión, el general Díaz haya descubierto la artimaña, si la hubo, por conducto de algún agente diplomático de confianza.

Hubo preliminares por demás curiosos a la hora de barajarse las candidaturas: surgieron las del general Francisco Z. Mena, nuevo ministro de la Guerra desde la renuncia del general Reyes, y la de don Olegario Molina, a la sazón gobernador de Yucatán. Sin tomar el presidente alguna decisión permitió que se reuniera la convención política el 7 de junio de 1904, con gran excitación de los delegados, que andaban inquietos tras de la consigna.

En estas condiciones, los trabajos iniciales empezaron en un ambiente de titubeos, confusiones y traspiés, lo que suscitó la burla sangrienta de un grupo de estudiantes jacarandosos que capitaneaba el Lic. Rodolfo Reyes. Por fin, inopinadamente surgió la candidatura de ... ¡don Ignacio Mariscal, anciano un año mayor que don Porfirio! Qué duda cabe que el general Díaz estaba haciendo escarnio público de la flamante vicepresidencia, y echándosela en cara a los *científicos*, muy principalmente a Limantour.

Tengo para mí que esto fue lo que provocó la crisis, muy en reserva, a puerta cerrada, allá en Chapultepec, y que entonces fue cuando se libró la batalla final, provocada por esta burla a la previsión de la sucesión, así como por la circular bastante oficiosa e impertinente del Caudillo. Supongo también que entonces salió a relucir lo de la pretendida condición de la banca internacional, como una superchería. Por eso la respuesta del presidente fue la proposición del ministro Mariscal que, compartiendo la misma situación de longevo con don Porfirio, mal podía su exaltación avenirse con la supuesta garantía exigida en Europa.

Pero la ironía del presidente no se quedaba aquí, porque siendo Mariscal el ministro de Relaciones Exteriores, y su cargo el sustituto de la presidencia antes de la reforma constitucional sugerida por Limantour, resultaba que el advenimiento de Mariscal a la vicepresidencia —caso de haberse

logrado— dejaba las cosas, de hecho, exactamente como si no hubiera existido la comentada reforma. ¡Y esto hubiera sido así hasta que se le antojase a don Porfirio proponer a otro candidato, morirse Mariscal o morirse el propio Caudillo!

Puestas las cartas sobre la mesa, la batalla dada por los *científicos* debió ser muy reñida y llevar por delante la amenaza de una renuncia en masa, el peligro de una crisis que dejara abiertas las puertas a toda sospecha, en vísperas de la sexta reelección. Limantour pudo haber amenazado también con revelar a la opinión pública las maniobras usadas contra él y Reyes y, luego, de rechazo, contra el pobre de don Joaquín Baranda, que por haberse plegado a la consigna de declarar a Limantour incapacitado para la presidencia de la República, tuvo que dimitir de su puesto de Ministro de Justicia al ser anulado su dictamen, y refugiarse en un puesto de funcionario bancario, en donde vivió el resto de su vida casi en el anonimato y excluido de la política nacional.

El caso fue que, después de que se habían presentado en la convención, como viables, las candidaturas de Limantour y de don Ramón Corral, se interpuso nuevo y largo compás de espera y, al fin, se apareció por allá el doctor Gregorio Mendizábal. Luego se propaló que era el portador de la voluntad presidencial. Entre el silencio general subió a la tribuna, y después de un breve exordio, dicho con galana palabra, como para predisponer favorablemente a los electores para que pudieran pasar la amarga píldora, espetó el nombre de Corral entre la desilusión general, y así quedó unguido el hombre sobre cuyos hombros podía ir a caer, algún día no lejano, el dulce peso de la dorada presidencia. La declaratoria fue acogida por las galerías con una general rechifla. Pero, ¡los *científicos* habían ganado la partidala!

¿Por qué se decidió el general Díaz en favor de Corral? Porque había tenido que transar con los *científicos*, a riesgo, si no, de un definitivo rompimiento. Y siendo Corral uno de los candidatos aceptados por el grupo, le convenía al general asirse a él, ya que siendo éste el Ministro de Gobernación, era, por lo mismo, subsidiariamente al de Relaciones, el obligado receptor de la presidencia, conforme estaba dispuesto

antes de la reforma legal, y al general Díaz le interesaba enfatizar esta situación ante los *científicos* para seguir haciendo mofa de la cacareada vicepresidencia. Era una manera de neutralizarla, un modo de vengarse del engaño. Por otra parte, Corral era muy poco conocido. Del gobierno de Sonora había pasado al del Distrito Federal, y de allí a Gobernación, en donde no había logrado distinguirse. El general Díaz, cuando menos en la política, siempre se manifestó celoso de las personalidades sobresalientes.

Al transcurrir el sexenio 1904-1910 con un exagerado, más que prudente, alejamiento de Corral de los negocios del resorte de la presidencia, sin proyectar su sombra sobre el Caudillo, éste pudo admitir que Corral era el vicepresidente ideal, y que bien podía ser su candidato para el sexenio siguiente.

Y así sucedió al iniciarse, en 1909, los trabajos preliminares de la séptima reelección, para el período 1910-1916. En verdad, y pese a que la actitud sistemáticamente aspirantista del general Díaz desmentía sus declaraciones de absoluta abstención, expresadas en la entrevista Díaz-Creelman y publicadas apenas en el año anterior, la opinión pública no se pronunciaba en contra de esta nueva reincidencia en la obsesión aspirantista del Caudillo, porque acariciaba la esperanza de que con un vicepresidente popular pudiera aun lograrse, conforme al clamor de Bulnes, que el sucesor del general Díaz fuera la Ley. Es decir, auspiciar una fórmula en que el régimen pasara pacíficamente, sin sobresaltos, del sistema personal de gobierno a la vida institucional. Pero ahora la predilección del presidente por don Ramón Corral era un grave escollo.

Antes de que surgiera el antirreeleccionismo organizado, incitado por la entrevista Díaz-Creelman, y luego exacerbado por la intransigencia del general Díaz en aceptar otro candidato que no fuese Corral, las fuerzas políticas que se concitaron para imprimir distinto viraje a la vida nacional no dejaron de contemplar la perspectiva de que la vicepresidencia recayera, o en el general Reyes o en Limantour, sin excluir la posibilidad de un tercero. El propio Madero bus-

caba una solución así, y éste fue el motivo de la entrevista que don Teodoro Dehesa le propició con don Porfirio: el rechazo de la candidatura de Corral, no la próxima reelección del presidente. La negativa hizo que Madero se lanzara a la lucha electoral.

TRANSCURRIERON LAS ELECCIONES, y con la inevitable declaratoria oficial de haber triunfado la fórmula Díaz-Corral vinieron el Plan de San Luis y la insurgencia armada en la frontera de Chihuahua. La facción maderista y el caduco régimen iniciaron pláticas para resolver el caso sin efusión de sangre, buscando la formación de un estado de cosas de composición bilateral. Pero se observó que en el transcurso de las diversas juntas celebradas variaba el principal motivo, según prevaleciera el criterio débil y conciliador de Madero, o la tendencia radical que les imprimía el doctor Francisco Vázquez Gómez.

La alternancia con que uno u otro criterio privara en un momento dado, debía a los intereses que empezaron a moverse, reveladores de que ni el grupo *científico*, ni el tesonero aspirantismo de Limantour estaban vencidos. Como éste regresaba oportunamente de Europa, se convino en abrir las pláticas de paz con la presencia del ministro de Hacienda, sin que el general Díaz pusiera reparo en ello, tal vez porque tenía esperanzas en que de mucho serviría, para un buen arreglo, la vieja y estrecha amistad de Limantour con la familia Madero. Esto ocurría en el Hotel Astor, de Nueva York, entre el 11 y 12 de marzo de 1911. Como agente diplomático del grupo revolucionario, el doctor Vázquez Gómez llevó la representación. Importa saber que Vázquez Gómez estaba enterado —por un mensaje transcrito, de don Venustiano Carranza— del cable que a éste había enviado desde Madrid el general Bernardo Reyes, y que decía:

Iré a México con facultades. Procuraré paz. Ayúdeme. Prepare a Vázquez Gómez. Hasta el 24 permaneceré en París. Conteste allá.<sup>6</sup>

Había trascendido al campo revolucionario la versión de que Limantour y Reyes habían conferenciado en París sobre

la situación de México. Probablemente estas pláticas, después de las necesarias aclaraciones y de las manifestaciones, aparentes o verdaderas, de reconciliación entre ambos personajes, tuvieron que señalar al general Díaz como responsable de sus pasadas diferencias y de los verdaderos motivos que hubo para neutralizarlos políticamente, dividiéndolos.

¿Limantour llevaba desde Europa la representación oficial a las juntas de Nueva York, o la pidió al desembarcar en el puerto norteamericano? A la hipótesis de que ocurrió del segundo modo induce el cable del general Reyes. La verdad es que, desde un punto de vista estrictamente político, dado el prestigio que Reyes había alcanzado en el Norte por haber tenido bajo su jurisdicción militar a los Estados de Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas; por su ruptura ostensible con el grupo *científico* y, por concomitancia, con el mismo régimen, Reyes estaba provisto de mejores credenciales.

En consecuencia, sólo cabe pensar que Limantour haya maniobrado desde Nueva York, impresionado favorablemente al general Díaz en su favor, merced a la influencia que ejercía sobre los Madero, y así conseguido su designación y la revocación de las órdenes para el general Reyes. Pero ya el sólo hecho de abrir pláticas de paz con el grupo revolucionario concediéndole beligerancia, estando todavía el ejército federal intacto, representaba una victoria para el movimiento armado y una derrota para el régimen, y de esto pudo haber sido responsable Limantour.

Sobre las verdaderas intenciones del general Reyes, corrían dos versiones opuestas en el campo maderista: una afirmaba que llegaba a ponerse al frente de la campaña militar contra la revolución, en el caso de encontrarse una negativa cerrada a desistir de la lucha; y, según la otra, su misión era la de entrar en arreglos con el maderismo insurgente, eliminando al general Díaz y conservando en el Gabinete a Limantour. Sobre esta segunda versión pudo haber maniobrado este último para lograr que el general Díaz le transfiriera la representación que Reyes tenía.

Cuando Limantour llegó a Nueva York, ya habían sido



movilizados veinte mil soldados norteamericanos sobre la frontera de Chihuahua, lo que tenía muy alarmado al presidente, que siempre temió y buscó evitar los resultados funestos de una intervención. Pues bien, el ministro de Hacienda fue invitado a comer (se supone que en Washington) por el Secretario norteamericano de la Guerra, Mr. Dickinson, y se sabe que en esa ocasión éste funcionario, en nombre del presidente Taft, le expresó su extrañeza por no haber dimitido aun el general Díaz. La respuesta era obvia: la Cámara estaba en período de receso, y ésta, conforme al protocolo oficial de entonces, iniciaba su primer período de sesiones el primero de abril. Sólo en casos muy urgentes se acostumbraba convocar al Congreso a un período extraordinario.

Parece que el objetivo de reunirse ambos funcionarios no era ajeno a mover la presión norteamericana para apremiar en su abdicación al presidente mexicano, amenazándolo con una nueva movilización de tropas sobre la frontera. De ser así, Limantour operaba tras bambalinas, moviendo en el escenario nacional los motivos más vulnerables en el sentimiento del caudillo oaxaqueño.

Que Limantour confiaba en el efecto psicológico de esa amenaza, se advierte, porque también usó de ella en el ánimo del doctor Vázquez Gómez y de sus acompañantes, en las juntas del Hotel Astor, al hacerles el cargo de que si los veinte mil soldados norteamericanos cruzaban la frontera internacional, los allí presentes y sus representantes serían los responsables.

Dice el doctor Vázquez Gómez que respondió inmediatamente, devolviéndole el cargo a Limantour, según lo detalla en el siguiente diálogo:

—El principal responsable lo será usted.

—¿Por qué dice usted eso? —replicó Limantour.

—Usted sabe —le dije— que la revolución tuvo como pretexto la imposición del señor Corral como vicepresidente de la República; y quien impuso al general Díaz la candidatura de Corral fue usted.

—Y, ¿cómo sabe usted eso? —preguntó Limantour.

—Porque el general Díaz me lo dijo el 24 de junio del año pasado, en Chapultepec, a las seis de la tarde...

Ante afirmación tan rotunda, sin exaltarme y sin abandonar mi asiento, el señor Limantour, llevándose las manos a la cabeza y sentándose, violentamente dijo:

—¡Tengo ese pecado!

—Pues ese pecado —le dije— será la causa de la intervención, si la hay.<sup>7</sup>

Este mismo diálogo, en carta dirigida el primero de abril de 1911, a su apoderado en México, don Manuel Amieva —poco después intermediario directo de Vázquez Gómez con el general Díaz—, lo reproduce el propio doctor, pero con el agregado siguiente: “. . . y quien impuso al general Díaz la candidatura Corral fue usted *amenazando al general Díaz con separarse del Gabinete si no salía Corral* (electo)”<sup>8</sup>

Que Limantour intervenía decisivamente en la política nacional antes y después del Plan de San Luis, es cosa que la congruencia de diversas fuentes comprueba; y no lo es menos que su intervención tuvo por mira conquistar la presidencia. Si la “reelección” de Corral en 1910 no le benefició fue por la situación creada por la insurgencia; y si durante las pláticas con los revolucionarios, a través de Braniff y Esquivel Obregón, primero, y después con el Lic. Carbajal —representante oficial del general Díaz, pero muy adicto a Limantour— tampoco logró, al fin, su propósito de permanecer en el Gabinete, como trampolín para llevar a sustituir al presidente —caso de que éste continuara transitoriamente en su puesto, como los *científicos* planeaban— o bien, llegar a figurar como vicepresidente en el régimen constitucional próximo, fue porque lo impidieron enérgica y valientemente el doctor Vázquez Gómez, don Venustiano Carranza y los licenciados Juan Sánchez Azcona y Federico González Garza, logrando, al fin, disuadir a Madero, que ya tenía resuelto contar con Limantour, conforme al pacto celebrado entrambos. Este pacto consistía, en rigor, en que tanto el general Díaz como su ministro de Hacienda continuaran en sus cargos, transacción fatal para la causa de Madero y que configura la idea de un jefe de la revolución porfirista y *científico*.

La admiración; aun más, la seducción que Limantour ejerció siempre sobre los Madero —excesivamente sobre don

Francisco hijo— la revelan con suficiente elocuencia los siguientes conceptos de una carta escrita por el hijo al padre, el 20 de enero de 1909:

Pues bien, que lo veas de nuevo [a Limantour], pero en su casa particular, y le digas que yo me voy a lanzar a la política, que no lo has podido evitar, que voy a procurar la formación de un partido verdaderamente democrático para neutralizar la influencia del reyismo, que nos invadió el club de esa capital. Que en el libro que voy a publicar ataco a Reyes, a Corral y, sobre todo, a la idea del poder absoluto, y refiero en mi apoyo las faltas del general Díaz. Que de él [Limantour] hablo muy poco, *pues no quiero que se trasluzcan mis simpatías por él, porque después ya no podría trabajar por él con la misma facilidad*. Que aunque no soy incondicional de nadie, sino de la democracia, *siento por él grandísimas simpatías y con gusto trabajaré cuando crea oportuno porque él llegue a la vicepresidencia*; que ya sabe que toda nuestra familia es amiga de él, etc., etc. y después le puedes insinuar: ¿Y a mí? ¿Cree usted que me pueden molestar en el Banco Nacional? 9

Fácil es considerar cuán grande fue el peligro de que la revolución cayera en manos de los *científicos*, sin la intervención oportuna y resuelta del grupo civil radical que jefaturaba el doctor Vázquez Gómez; peligro que existió aun permaneciendo el general Díaz en el poder, porque es evidente que al finalizar la primera década del siglo actual quien de hecho mandaba era Limantour, y que ese dominio se reafirmó al volver de Europa.

Fue Limantour quien sugirió al general Díaz el Manifiesto de 7 de mayo de 1911, en el que ofrecía al pueblo abandonar el poder, pero “cuando su conciencia le diga que al retirarse no entrega al país a la anarquía”.

Limantour fue el inspirador de este documento, en el que se obligó al general Díaz al compromiso condicional de entregar la presidencia, resultado natural de haber abierto aquél las pláticas de paz. El redactor fue Rosendo Pineda; se transparenta su estilo, “mezcla de astucia y sentimentalismo”, característico de la mentalidad del abogado juchiteco.

Ya para este tiempo Limantour, al retornar a México, había llegado a suscitar una crisis en el Gabinete, impo-

niendo las renunciaciones de todos los ministros, a excepción de la suya y la del titular de Guerra, general González Cosío, cuya permanencia sería transitoria, en tanto regresaba el general Reyes, según todavía entonces se afirmaba.

Salvo el caso del Lic. Miguel Macedo, que fue designado Subsecretario de Gobernación, quedando acéfalo el ministerio, Limantour había excluido a los *científicos* del nuevo Gabinete, y puesto a la cabeza, como Ministro de Relaciones y sucesor del general Díaz, supuesta la renuncia de éste y la de Corral, al Lic. Francisco León de la Barra, Embajador de México en Washington "con quien Limantour había tenido largos conciliábulos a su paso por los Estados Unidos". Y respecto de Macedo, éste consideraba su situación tan desairada, que cuando el Lic. Manuel Calero fue, como diputado, a interpelarlo sobre la postergación en que Limantour había dejado a sus amigos, dice que le contestó: —"Si usted me interpela hará muy mal, pues yo no soy el subsecretario encargado del despacho, sino el *portero* del Ministerio."

Bulnes fue uno de los *científicos* que más airadamente protestaron contra Limantour por la postergación a que sujetó a su grupo; escribió en *El Tiempo*:

¿Ha hecho bien el señor Limantour en excluir a sus amigos predilectos, entre los cuales nunca me he encontrado, del Ministerio que ha formado? No, y voy a decir por qué. Si la opinión pública acepta que los científicos, por no haberse defendido son una banda de miserables ladrones, también la opinión pública acepta que el señor Limantour ha sido durante diecisiete años el jefe de esa banda, y que si actualmente ha tenido el buen pensamiento de convertirse en jefe de hombres honrados, no les queda a los de la *banda* más que dos cosas que hacer: separarse y defenderse. De modo que si todos los de la *banda* tienen, como yo, dignidad, apoyarán en la Cámara, como oradores, y en la prensa, como escritores, todo lo que sea útil para el país, pero se considerarán desligados del señor Limantour, tanto de su persona política, como de su personal amistad.<sup>10</sup>

¿Por qué Limantour se empeñó en una exclusión radical de los *científicos* en el nuevo Gabinete, pasando encima de viejos compromisos políticos de grupo, ya que no de amistades y menos de afectos, que nunca tuvo? Para barrer los obs-

táculos que juzgaba indispensables a sus fines de propiciar un arreglo con la revolución, en el que él, Limantour, fuera factor muy importante o parte muy principal.

Se ha acusado a Limantour de que en los días decisivos de los tratados de paz, cuando encontrábase ya en Ciudad Juárez el Lic. Carbajal para dar cima a los arreglos, mandó organizar cierta discreta vigilancia en las habitaciones de las calles de La Cadena —residencia del general Díaz, donde despachaba por un doloroso abceso molar—, para evitar el acceso de personas que influyeran en el presidente induciéndolo a eliminar a Limantour de la política futura.

El doctor Vázquez Gómez, precisamente con el fin de evitar, por una parte, las consecuencias de la versatilidad en el criterio de Madero, y por la otra, la intervención interesada, insinuante y vigilante de Limantour en el curso de las negociaciones, se valió de don Manuel Amieva, como intermediario personal y directo ante el general Díaz. Que los actos del Caudillo estaban siendo impertinentemente vigilados en su misma casa habitación, es versión que hizo pública el propio Amieva; dice que en una de las diversas ocasiones en que buscó entrevistarse con el presidente, el coronel Porfirio Díaz tuvo con él el siguiente diálogo:

—Voy a hacerle a usted una súplica —me dijo. Deseo que cuando usted vuelva para hablar con mi papá, me haga favor de no subir por la escalera principal, sino por la de la servidumbre. No lo tome usted a una ofensa, pero sucede que no queremos que lo vea a usted ningún ministro, que casi nunca faltan en la casa y, *sobre todo, no queremos que lo vea Limantour.*

—Pero si yo hablé primero que con el general Díaz con Limantour —le dije.

—Pues precisamente por eso —repuso— se lo suplico a usted. Lástima que ya no viva mi padrino el general don Pancho Mena. Ése le habría dicho a mi papá la verdad, no lo engañaría.

Ofrecí salir por la escalera de servicio y así lo hice en las muchas ocasiones en que tuve que conferenciar con el señor general Díaz.<sup>11</sup>

De la anterior recomendación del coronel Díaz, que traduce temores solidariamente compartidos por la familia, se deduce que el presidente había perdido la confianza en Liman-

tour porque su ministro estaba actuando en favor de otros intereses o, cuando menos, en discrepancia con el general Díaz.

Esta sospecha se fortalece por la siguiente confidencia del propio Amieva:

Al leerle [al Gral. Díaz] el mensaje del doctor Vázquez Gómez, que decía: "A Limantour no aceptámoslo como Ministro", el presidente exclamó:

—¿Quién entiende esto? Usted me dice que no aceptan a Limantour. Limantour me dice que exigen que siga en el gobierno. ¿A quién le voy a hacer caso, a usted o a él? Diga a Madero que me ponga un telegrama directo a mi diciéndome que no acepta a Limantour, y entonces hablaremos.

Recibido el mensaje por el general Díaz, en nueva entrevista dijo:

—Es cierto; usted tenía razón. Por todos lados hay traición, y voy a decirle a Limantour que dónde está su patriotismo. Yo ya no sigo aquí. Yo ya me voy luego...<sup>12</sup>

Por fin, con el mensaje de Madero, rechazando que Limantour integrara el nuevo Gabinete del gobierno provisional, quedó definitivamente eliminada su influencia en la política, removiéndose el único obstáculo pendiente para suscribir el Tratado de Ciudad Juárez, lo que se efectuó el 21 de mayo. Fundamentalmente se establecía el compromiso de las renunciaciones del general Díaz y del licenciado Corral a la presidencia y vicepresidencia de la República, presentadas antes de concluir el mes; que el Lic. Francisco León de la Barra, como Ministro de Relaciones, asumiría inmediatamente el poder ejecutivo nacional; que cesarían *ipso facto* las hostilidades y, finalmente, que se convocaría a elecciones conforme a las disposiciones constitucionales.

Como se sabe, el 26 del propio mes de mayo el Congreso aceptó las renunciaciones del general Díaz y del Lic. Corral, y en la misma noche de ese día, el Caudillo oaxaqueño se dirigió al puerto de Veracruz para embarcarse y marchar a Europa en el vapor alemán "Ipiranga".

Limantour siguió la propia suerte de don Porfirio: el destierro voluntario en París. ¿Buscó Limantour una reconciliación con el viejo ex-presidente? Muchos lo aseguran; lo

cierto es que Limantour visitó varias veces al general Díaz. Sin embargo, en el ánimo de los familiares y allegados a don Porfirio quedó la impresión de que, por el afán de figurar con prominencia en el nuevo estado de cosas, Limantour hizo hundirse el barco y arrastrar en el naufragio al presidente.

EN SEPTIEMBRE DE 1917 el diario capitalino *El Universal* publicó, a iniciativa de Carranza, y bajo el nombre de *El archivo de la reacción*, algunas cartas de la correspondencia privada de don Pablo Macedo. Entre ellas hay una que respira justa amargura por la actitud de Limantour en relación con ellos, los *científicos*, como también en cuanto refiérese a su responsabilidad en la situación que liquidó al Porfiriato:

Y como el Sr. Limantour fue el único director de la política del Gobierno desde que llegó [de Europa] hasta la caída, yo no puedo vacilar en creerlo el único responsable; de nadie tomó consejo y a nadie oyó, y como en todos sus actos aparecían el miedo y la debilidad, quitó a don Porfirio lo único que le mantenía en el poder y lo entregó al ludibrio de la plebe. Lo que no encuentro enteramente justo es que el presidente le haga hoy cargos cuando de tan buen grado se sometió a sus consejos y no quiso oír a nadie más, y también siendo que él mismo había iniciado la política del miedo antes de la llegada de Limantour comenzando a quitar y desautorizando a sus gobernadores más antiguos y a quienes había sostenido con mayor empeño...<sup>13</sup>

De alguna importancia esclarecedora sobre la actitud de Limantour, vio la luz pública otra del Lic. Rosendo Pineda a Macedo, con inquietantes preguntas respecto de la verdadera intención que indujo a Limantour a intervenir con los Madero para suceder al general Díaz en la presidencia:

Qué es —pregunta Pineda— lo que en sus conferencias íntimas con Francisco Madero padre y Gustavo Madero trató Limantour. ¿Les habló de su entendimiento en Europa con el general Reyes? ¿Llegaron los tres conferenciantes a un entendimiento *sobre la eliminación prematura del Presidente Díaz para deferir su sucesión a Limantour?*<sup>14</sup>

Aparte de haber actuado Limantour, a su regreso de Eu-

ropa, ya sin nexos con los *científicos*, tan pronto como llegó declaró ostensiblemente que no venía ligado con partido político alguno, ni tenía compromisos personales con nadie. El énfasis que puso a estas declaraciones lastimaron a sus amigos, y el tono acriminoso en que está redactada la correspondencia del llamado *Archivo de la reacción* es consecuencia natural de su actitud.

Sin embargo, justo es decir que por el tenor de los mensajes, hasta ahora fragmentariamente publicados sobre las pláticas y conferencias de paz —cuyos datos en cierto modo pueden completarse con lo aportado por el doctor Vázquez Gómez en sus *Memorias políticas*, por Vera Estañol en su libro *La Revolución Mexicana* y, finalmente, por los artículos periodísticos de Amieva— ningún propósito deja traslucir Limantour, en las órdenes para conducir las pláticas, de que se force la renuncia del presidente. Por lo contrario, adviértese que Limantour actuó siempre eludiendo el peligro de que se presentara esa posibilidad, tal vez porque con la renuncia del general Díaz, que lo había nombrado, perdía él la cartera ministerial.

Ni el doctor Lara Pardo, tan equidistante de abrigar pasión en pro o en contra, dada su pareja antipatía hacia los *científicos* y a Madero; ni Vera Estañol, desafecto al grupo, y pese a que aquél fue, en gran parte, testigo presencial de los arreglos de Ciudad Juárez, como corresponsal de *El Tiempo*, y este último, intervino firmando mancomunadamente con Limantour los despachos telegráficos, como titular de Gobernación; ninguno deja sospechar, ni siquiera leyéndolos entre líneas, que Limantour hubiera maniobrado para presionar la abdicación del caudillo tuxtepecano. Sólo queda constancia de querer permanecer en el Gabinete, y si no lo consiguió, no dependió de él ni de Madero, sino de la saludable intransigencia del doctor Vázquez Gómez.

Manuel Calero, Ministro de Gobernación del gobierno provisional jefaturado por de la Barra, levanta una punta del velo, al relatar una confidencia del general Reyes sobre su entrevista con Limantour en Europa:



Lo que en seguida voy a referir es lo que pocos meses después me relató el general Reyes, sin poner nada de mi propia cosecha. Respondo de la exactitud del relato, aunque de los sucesos que encierra nada me consta personalmente.

El acuerdo entre los dos personajes abarcaba interesantes capítulos. Desde luego, Limantour debería regresar inmediatamente a México, por la vía más rápida, *sin detenerse en el camino, y se abstendría en absoluto de dar oídas a los agentes de la revolución y a los amigos y parientes del caudillo revolucionario*. A su arribo a la Capital de la República exigiría del presidente como medidas imperativamente necesarias, un cambio radical en el Gabinete y la remoción de todos o de la mayor parte de los gobernadores de los Estados. Los que reemplazaran a ministros y gobernadores, habrían de ser, en todo caso, individuos ajenos al grupo científico. Limantour, sin embargo, conservaría la cartera de Hacienda. A Corral se le forzaría a renunciar a la vicepresidencia, apelando a su patriotismo. Reyes sería nombrado Ministro de la Guerra y tendría facultades omnímodas para dirigir las operaciones militares, comprometiéndose Limantour a no poner tropiezos ni cortapisas en la ministración de recursos para las necesidades de la campaña.

Limantour partió de París a fines de febrero o principios de marzo de 1911, pero no respetó ninguno de los capítulos esenciales del pacto. El general Reyes —que desempeñaba en Europa una comisión militar a guisa de disfraz del destierro— fue llamado, es verdad, pero se le detuvo en la Habana por orden del Ministro de la Guerra. Entonces Reyes pudo darse cuenta de que Limantour lo había burlado y de que el gobierno había resuelto rendirse a la revolución. Desalentado, despechado acaso, Reyes consideró rotas sus ligas con Limantour y con el mismo Gral. Díaz, y comunicó a su amigo don Venustiano Carranza y a sus otros partidarios de significación, que quedaban en libertad para proceder como mejor les pareciera. . .<sup>15</sup>

Ramón Prida ratifica, con una extensa información, la versión del general Reyes, transmitida por Calero.<sup>16</sup> Resulta admisible pues, que si el general Reyes fue veraz, Limantour burló el compromiso, y al solicitar o insinuar ser entrevistado en Nueva York por el doctor Vázquez Gómez, agente diplomático de Madero, y por sus acompañantes, abrió el camino a las pláticas de paz, “que dieron a la revolución una importancia moral y política verdaderamente inconmensurable”; pláticas que, prolongándose desde el 11 de marzo hasta

mediados de mayo, demoraron, complicaron y, finalmente, impidieron que el general Díaz organizara una campaña de efectos decisivos y rápidos sobre el foco rebelde, y, sobre todo, evitaron que se conjurara a tiempo la aparición de nuevos brotes, como el de Ayala, en el Estado de Morelos, a cuya rápida expansión por el Valle de México y poblaciones aledañas a la Capital, atribuyó el doctor Vázquez Gómez, más aun que a la caída de Ciudad Juárez, el precipitado *Manifiesto* del general Díaz anunciando su resolución de renunciar.

El general Díaz pudo —con Reyes o sin él— detener, aplazar, no evitar definitivamente la revuelta armada, y así prepararse a una solución casi decorosa.

Pero, con las pláticas abiertas por Limantour, admitió y reconoció a nombre del régimen la justificación del movimiento rebelde, haciendo que Madero, como con tanta gracia lo dijo Luis Cabrera en carta dirigida al jefe revolucionario, “pasara oficialmente de la categoría de delincuente a la de caudillo político”.<sup>17</sup>

Por otra parte, la deposición de casi todo el Gabinete revelaba, con la presencia de una fuerte crisis política, una situación de pánico; pero la exigencia, admitida en principio, sobre el despido de catorce gobernadores, de haber sido cumplida, habría obligado al presidente a dar un golpe de Estado, a romper el orden constitucional, y rayaba ya, como punto cuestionable de transacción, en el absurdo.

Para calcular la participación de Limantour en la formación de un clima que, aun sorpresivamente para él, culminó en la necesidad de prometer públicamente la abdicación del presidente, sería necesario saber hasta qué punto favoreció él, dueño ya de la dirección política del país, la postulación de exigencias que, admitidas como puntos negociables, condujeron al grupo revolucionario a alentar esperanzas firmes en el triunfo.

Hubo otra causa, de efectos psicológicos casi decisivos en la derrota del régimen porfirico, que no fue combatida por Limantour, ni en su aspecto militar, ni en el diplomático: la demora en la acción militar contra la revuelta fue configurando la impresión de un *casus belli* sobre la frontera

de los Estados Unidos, situación que el presidente Taft aprovechó para influir sobre la probabilidad de la renuncia del general Díaz.

Es sabido que Limantour tuvo una entrevista con Mr. Dickinson, Secretario de Guerra de los Estados Unidos, y aun que sería temerario lanzarle el cargo de que aquél haya ido a aconsejar una nueva presión militar sobre nuestra frontera —como algunos han dicho—, la verdad es que hasta hoy no se sabe que haya promovido, como era su deber, gestión diplomática alguna, por conducto del licenciado de la Barra, nuestro Embajador en Washington, para el retiro de las tropas yanquis.

No puede dudarse que el peligro latente de la intervención norteamericana, posible, pero exagerado tendenciosamente por quienes lo explotaron, impidió al general Díaz, muy vulnerable a este peligro, conservar la necesaria serenidad en los días en que más la necesitaba. Sobre esta penosa fase de la situación internacional, Vera Estañol, que estuvo muy cerca del presidente en esos días, dice:

...el corazón del patriota habló más alto que el orgullo del magnate; todo sacrificio personal le pareció pequeño comparado con la salvación interior y exterior de la nación. Con facilidad que pasmó a sus propios detractores, el hombre de hierro se allanó a parlamentar, pasó de concesión a concesión y, al fin, prefirió eliminarse él mismo de la escena, con tal de evitar lá inminente catástrofe.<sup>18</sup>

Por otra parte, no puede dudarse que entre los motivos más alentadores para el grupo rebelde estuvo, sin duda, el pacto Madero-Limantour, de cuya existencia responden fuentes de información muy serias. El propio Vera Estañol, insospechable de parcialidad, así lo asegura cuando dice:

Si yo he sabido de las pláticas de Limantour en Nueva York y de sus inteligencias con la familia de Madero sobre la sucesión presidencial, no acepto formar parte de un Gabinete que no fue organizado para vitalizar y realizar la paz, lo que justamente proclamaban los alzados como programa político y social, sino llamado solamente a ayudar a bien morir a un gobierno de antemano sentenciado a muerte.<sup>19</sup>

Por lo visto, la necesidad de eliminar a Limantour de las pláticas de paz y la decisión de los revolucionarios, ya convencido Madero, de rechazar su inclusión en el ministerio del gobierno provisional, era clamor general. Sólo hasta que se libró el general Díaz de su intervención, anticipándose a nuevas interferencias de su ministro, rompió el nudo gordiano. . . Al renunciar, automáticamente privó de toda significación política oficial a Limantour dejándolo convertido en un simple ciudadano.

Parece que la última exigencia de Limantour con el general Díaz fue gestionar la cancelación del nombramiento del Lic. de la Barra como Ministro de Relaciones —en quien legalmente recaía la presidencia, supuestas las renunciaciones del general Díaz y de Corral— y su transferencia al propio Limantour. Así lo asegura Calero:

A pesar de esta inteligencia real o hipotética entre De la Barra y Limantour, éste sufrió una veleidad, pensando, probablemente, que era preferible afirmar de una vez su posición que dejarla a las contingencias del futuro: viniendo De la Barra de Washington, fue detenido en el camino por empeños de Limantour, y durante la detención éste hizo que algunos de sus amigos más importantes visitaran al general Díaz *para convencerle de que el propio Limantour debía ocupar el primer puesto*, o sea el Ministerio de Relaciones en la nueva organización del gabinete. El presidente —añade— se dejó, en efecto, convencer, sin maliciar de pronto el alcance de lo que se le pedía; pero la artera combinación no pudo realizarse por causas ajenas a la voluntad de Limantour. Se dice que Madero, al tener noticia de esta novedad, que modificaba los arreglos hechos entre sus representantes y Limantour respecto del nuevo gabinete del Gral. Díaz, telegrafió a éste protestando contra la modificación; pero tengo para mí que el Presidente acabó por recelar del propósito que Limantour perseguía y por eso revocó su acuerdo. De todos modos, las aspiraciones de Limantour se vieron de nuevo frustradas.<sup>20</sup>

ANTES DE CONCLUIR, importa considerar hasta qué punto se justifican los cargos lanzados a los *científicos* amigos de Limantour, por haber sido desplazados del Gabinete y eliminados de la política de transacción, al iniciarse las pláticas de paz.

Durante muchos años Limantour mantuvo relaciones de compañerismo político con los *científicos*, pero es verdad que nunca quiso aceptar públicamente su jefatura. Estas relaciones se fueron debilitando con el tiempo, sin que Limantour las rechazara de plano; y en la medida en que esto sucedía, lo que podía llamarse la jefatura del grupo iba siendo desplazada hacia la persona del Lic. Pineda, que en muchas ocasiones obró políticamente con independencia de Limantour. Los procedimientos despóticos y a veces arbitrarios del abogado juchiteco explican la amargura con que Bulnes escribió en *El Tiempo*:

...el Sr. Limantour ha excluido al elemento científico y con especialidad a sus más predilectos amigos, que lo habían hecho perder mucho de su brillo moral. El público ha acogido con frenético entusiasmo esa exclusión, porque para la inmensa mayoría del pueblo mexicano "ser científico" es peor que ser bandido. . .<sup>21</sup>

Si la conducta de Limantour al excluir a los *científicos* del nuevo Gabinete estuvo inspirada en un sincero deseo de facilitar las conferencias de paz, como es de suponerse se imponía ante la gravedad de la crisis, remover los obstáculos más visibles. La impopularidad de los *científicos* era evidente y total: los liberales siempre los motejaron de reaccionarios, por su profesión filosófica positivista; el clero los acusó de herejes o ateos; los incondicionales de don Porfirio siempre los señalaron como enemigos encubiertos del régimen; para los militares, fueron antimilitaristas intransigentes, y para el pueblo, los cómplices de la dictadura.

Si antes pudieron imponerse en cierto modo, sólo se debió a su influencia política en el régimen y a su fuerza como oligarquía financiera; pero una vez extinguido el viejo régimen, quedaron anulados, faltos de apoyo y desprestigiados.

De Limantour es de justicia decir que la prosperidad material del país no se habría logrado sin su obra en el ministerio de Hacienda, labor que, sin exageración, puede calificarse de genial. Sacó al país del caos económico en que se había debatido de antiguo, estableciendo el sistema y el orden. Con la increíble nivelación de los presupuestos vino más tarde el

logro de excedentes, y éstos, en 16 años, pasaron de los ciento cincuenta y siete millones de pesos. Llevó a buen término la consolidación de los ferrocarriles nacionales, preparó la expedición de la Ley Monetaria y creó el sistema bancario nacional, obra que, en conjunto, lo acredita no sólo como el notable financiero que fue, sino como un gran estadista.

Sería imposible concebir la prosperidad material de México durante el Porfiriato sin la presencia y obra de Limantour. Su gestión hacendaria fue la tarea más fecunda del régimen.

Sin duda los *científicos* fueron hombres talentosos y cultos; pero, excluyendo a Justo Sierra y a Joaquín D. Casasús, para todos los demás el pueblo fue la gleba sucia, desarrapada; muchedumbre de parias por necesidad, sin derecho al alfabeto, al jabón, a la ropa limpia, a la alimentación indispensable, al descanso, a la libertad, a un mínimo de justicia —aquella por la que clamó Sierra cuando dijo que el pueblo tenía “hambre y sed de justicia”—; al menor asomo de dignidad humana; sin derecho siquiera a quejarse, si su angustia podía levantar clamor y amenazar el edificio del Orden, Paz y Progreso en que ellos veían cimentarse, con provechoso egoísmo, la estructura del Porfiriato.

Les faltó decisión y coraje para imponer su programa de reivindicaciones libertarias y sociales en 1887, antes de la tercera reelección del caudillo oaxaqueño, cuando con patriótico interés proyectaban saludables iniciativas que, tal vez, habrían podido conjurar una larga dictadura. Después, dóciles a la voluntad del jerarca, encaminados ya hacia los privilegios que traen consigo la influencia política, el brillo social y el enriquecimiento fácil, las nuevas generaciones de la *élite* ingresadas al grupo *científico* —incluso el preclaro talento de Limantour—, uncidos al carro del autócrata tuvieron, al fin, la amargura de ser actores y testigos del derrumbe de ese régimen que ayudaron a levantar. Un régimen erigido sobre un *orden* ficticio, una *paz* falsa y un *progreso* más bien destinado a las llamadas clases superiores, del que nuestro pueblo apenas disfrutó en muy escasa proporción.

## NOTAS

- 1 Edición de 28 octubre, 1896.
- 2 Francisco BULNES, *El verdadero Díaz y la Revolución*, México, Eusebio Sáenz de la Puente, 1920, p. 326.
- 3 Ricardo GARCÍA GRANADOS, *Historia de México*, México, Editorial Jus, 1956, t. II, pp. 472-473.
- 4 *Ibid.* pp. 473-474.
- 5 *Ibid.*, pp. 478-479.
- 6 Jorge VERA ESTAÑOL, *La Revolución Mexicana*, México, Editorial Porrúa, S. A., 1957, p. 129 nota.
- 7 Francisco VÁZQUEZ GÓMEZ, *Memorias políticas*, México, Imprenta Mundial, 1933, pp. 96-97.
- 8 *Ibid.*, en "Artículos de Amieva".
- 9 *Ibid.*, *op. cit.*, p. 570.
- 10 Ricardo GARCÍA GRANADOS, *op. cit.*, t. II, p. 128.
- 11 Francisco VÁZQUEZ GÓMEZ, *op. cit.*, p. 213.
- 12 *Ibid.*, p. 218.
- 13 *El Universal*, 2 agosto, 1917.
- 14 *Ibid.*, septiembre, 1917.
- 15 Manuel CALERO, *Un decenio de política mexicana*, New York, 1920, pp. 47-48.
- 16 Ramón PRIDA, *¡De la dictadura a la anarquía!*, El Paso, Texas, Imprenta de "El Paso del Norte", 1914, t. I, p. 240.
- 17 Carta de 27 de abril 1911, reproducida en *El Pueblo*, 1º abril, 1915.
- 18 Jorge VERA ESTAÑOL, *op. cit.*, p. 156.
- 19 *Ibid.*
- 20 Manuel CALERO, *op. cit.*, pp. 47-48.
- 21 Cit. por Ricardo GARCÍA GRANADOS, *op. cit.*, t. II, p. 128.